

## El ciudadano y los centros históricos

Antonio Miranda

Antes de nada conviene señalar que todo el conjunto de problemas referentes a salvación de los centros históricos de las ciudades es de una complejidad máxima. Demasiadas incógnitas, demasiadas ecuaciones, demasiados prejuicios, demasiados intereses vienen a incrementar la extrema dificultad de una acción eminentemente política, quizá el asunto de mayor contenido político de cuantos puedan pensarse. No puede olvidarse que los dos más importantes sujetos operadores sobre la ciudad tienen un gran poder político: la Internacional Especulativa y la Internacional Automovilística. Es por todo ello -y por tratarse de la acción política por antonomasia- por lo que conviene mirar con prevención cualquier tipo de iniciativa parcial o técnica -sociológica o arquitectónica, o urbanística, o arqueológica etc.- que de modo aislado o prevalente intente hacerse cargo de la operación.

Política es síntesis dialéctica: poética, po-ética, praxis de la ciudad haciéndose dignamente a sí misma. Para el territorio del Centro Histórico, hasta el más humilde *técnico* debe ser un *político* (Weber): un príncipe ilustrado (Gramsci). En tal sentido, ni el puro sociologismo ni, menos aún, el puro esteticismo, ambos por separado, serán benéficos, ni siquiera aceptablemente eficaces. Personas + Arquitectura tal es el patrimonio, único, inherente y sintético, a respetar y sostener; sin ningún tipo de dogmatismo, historicismo o casticismo vernacular. El control social y estatal que esta operación exige es contradictorio con el mercado dominante y, sin embargo, es imprescindible. Además de los aspectos humanos, no se trata sólo de medir la nueva arquitectura como cantidad (en dosis masivas, medianas u homeopáticas); se trata también de medir la calidad arquitectónica de cualquier arquitectura moderna que sin duda la vieja ciudad debe demandar.

La operación sobre los centros históricos, por otra parte, y para aumentar la dificultad, no se limita al espacio antiguo, al tejido antiguo de la ciudad. Cualquier cambio en el centro tiene consecuencias fuera y lejos de él; y estará a su vez influido por la totalidad de la ciudad, de la comarca, de la región. Cualquier trabajo que se limite al centro "en sí" además de estar condenado al fracaso urbanístico tendrá consecuencias negativas sobre la población a sostener y mantener. La solución de los problemas del Centro empieza, cuando menos, en la lejana periferia y en unos Presupuestos Generales del Estado con marcado carácter social.

Conviene por eso tener presente, como ejemplo negativo, el caso del Centro disecado de Cáceres convertido en ciudad fantasma o escenográfica carente de vida cotidiana y real. Así mismo la taxidermia efectuada sobre Santillana del Mar, hoy convertida en repulsivo parque comercial y temático; porque en una ciudad parasitada por el comercio turístico, la "revitalización" será fatalmente falsa y mortuoria resurrección, como la practicada por

un taxidermista sobre un animal muerto. En contraste merece la pena estudiar el caso de Segovia que, quizá con menos patrimonio monumental, ha conseguido mantener su vida ciudadana a lo largo de las 24 horas del día, gracias a la voluntad de sostenibilidad simultánea aplicada a los habitantes originales y a la infraestructura edificada.

Fuera de España quizá valgan como interesantes ejemplos a estudiar los que sabemos no son ejemplos importantes a imitar. Así las soluciones inglesas liberales, esto es, entregadas obsequiosas al mercado y a la ciudad como **negocio** a costa de la ciudad como **servicio**. Allí el cambio de habitantes ha sido la norma. La introducción de un nuevo tipo de espacio público de calidad ha inyectado un valor en la zona que el rico chic o esnob está dispuesto a pagar. Los antiguos habitantes han desaparecido. Como insectos fumigados. Por razones de higiene. La higiene -gran vector de la modernidad- fue no obstante utilizada por los nazis como supremo argumento para justificar la destrucción de las personas. (Nietzsche comenta en su Anticristo que “los judíos polacos huelen mal”). También fueron razones de higiene las que utilizó el peor Le Corbusier, trabajando en su peor papel (el de urbanista) cuando pedía arrasar, demoler, debelar, los centros históricos a favor no solo de la especulación inmobiliaria sino también de una modernidad perversamente entendida. La experiencia en Verona es intermedia y quizá mejor. Creo que allí se preservó menos población original, aunque con buen sentido, se aprovecharon la mayoría de los mejores edificios para los servicios estatales, municipales, corporativos etc.

En cualquier caso puede decirse que las mejores soluciones conocidas nos han venido (por iniciativa del ya desaparecido Partido Comunista Italiano) bajo la dirección teórica de Campos Venuti. En ellas -ver el caso no superado de Bolonia- se potencia el espacio público y la arquitectura, pero se reinserta a la población original y no se expulsa a nadie. Allí la regeneración se confió a la mejor calidad: sobre todo del espacio público en su más amplio sentido. Todo ello gracias a una peatonalización, más o menos mitigada, y a una actuación urbana consciente de que en caso de no estar asociada a la realidad panhumana social de la zona, el mercado vigente (anarquismo de derechas) la deglutirá. Resulta obvio que ni siquiera soluciones socialdemócratas podrán ser llevadas a cabo, si como en la Alfama de Lisboa se permite abandonar el barrio sin exigir ninguna obligación compensatoria a los caseros. Tantos pisos vacíos, abandonados, a la espera de la lucrativa ruina, generan y reciben un producto humano desesperado (gitanos, ancianos marginales y yonkis, etc.) que con la compañía de emigrantes acumulados en régimen cruel de “cama caliente” (en uso permanente), establecen el ciclo dialéctico de la miseria del Cuarto Mundo.

Frente a ese panorama de tan escasas virtudes, debe ser objetivo de todo Plan conseguir una sana y gran heterogeneidad poblacional que garantice el dinamismo vital de la zona. Esa deseable heterogeneidad -que tiende a darse por defecto si no se le oponen grandes obstáculos- coincide con la diversidad cultural, étnica, económica, generacional, etc. Evitar en el Centro cualquier zoning horizontal, evitar el ghetto y la marginalidad, mantener y

multiplicar el pequeño comercio o empresa familiar, rehabilitar masivamente (es intolerable la permanencia de un neochabolismo de infraviviendas sin inodoro como aún tenemos que padecer como vergüenza europea), perfeccionar el espacio público... son políticas que no pueden esperar, por ardua que sea la tarea.

La mejor Teoría de la Arquitectura nos enseña que el verdadero arquitecto entiende cualquier espacio como un espacio interior. Bajo este criterio, que ya ha sido comprobado en algunas ciudades europeas, es probable que cualquier problema resulte secundario ante el asunto axial, capital, principal, cuya solución parece resultar imprescindible y previa a cualquier otra buena intención. A saber: El espacio público, concebido como ámbito de hábitat interior puede ser el vector de arranque óptimo para cualquier operación política valiosa y de gran alcance. Y en un espacio público -concebido como doméstico, al modo de Alberti- la peatonalización es esencial, substancial, preliminar. Los atributos infernales del ardor, el humo, el ruido, la prisa motorizada etc. deben quedar fuera del Centro. Así, se obtendrá una peatonalización (quizá con matices y horarios) sin la cual el espacio público, es decir el sistema sanguíneo y el conjuntivo del Centro Histórico no tienen salvación. Bajo esta premisa, la alta calidad del espacio público determinará al nuevo y mejor ciudadano tanto como éste determinará aquella alta calidad integral.